

Pasión y control. La escena mediática en el segundo debut de AGP	Título
Escobar, Ramiro - Autor/a	Autor(es)
Perú Hoy no. 16. Luces y sombras del poder (2009)	En:
Lima	Lugar
DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Poder político; Libertad de expresión; Prensa; Comunicación política; Televisión; García Pérez Alan; Perú;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Peru/desco/20100313085039/05_Escobar.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



**Pasión y control. La escena mediática
en el segundo debut de AGP**

Ramiro Escobar

*Desbordes verbales, columnas afanosas, silencios ominosos. Declaraciones solemnes pero propuestas sospechosas. Devociones mediáticas empresariales por el poder político. Pasiones políticas por el favor mediático. Si bien no puede decirse que la libertad de expresión está cercenada en el segundo gobierno aprista, tampoco se puede afirmar que esta libertad es **absoluta**. Salvo que, como dijo el propio mandatario alguna vez, se quiera ser ingenuo en política. No estamos en los tiempos oscuros de Fujimori, ni en los blandengues de Toledo. Estamos en los tiempos más sutiles y desbordados de Alan García Pérez.*

Noche algo húmeda de fines de agosto del 2009. Con su verbo cadencioso y voluminoso, el presidente Alan García Pérez (AGP) sentencia: «Mi gobierno, fue, es y será un gobierno de libertades, de absoluto respeto a la libertad de prensa y opinión». Pocos periodistas, por cierto —mejor dicho, nadie—, se atreven a contradecirlo. Lo comenta, además, saliendo de la Conferencia Episcopal, lo que no explica *per se* esa anuencia casi celestial. Esa cierta atmósfera contrita.

Minutos antes, se ha sabido por las radios que el congresista aprista José Vargas, algo borroso en otras circunstancias, ha retirado el proyecto bautizado como «Ley Mordaza». La norma pretendía recortar de 10 a 3 días el período para rectificar una información, hacer a la empresa periodística «parte civil

responsable» si se querellaba a uno de sus periodistas y, sobre todo, establecer normas para la «prensa digital». Es decir, poner en vereda a los *bloggers*.

El tumbo ha pasado, pero la marejada no. Desde que comenzó el segundo debut de AGP, allá por julio del 2006, el piso de la escena mediática ha estado movido. No en grado 7.9, como ocurría en los gangsteriles tiempos de Alberto Fujimori, pero sí en la lógica de constantes sacudidas, desatadas por pasiones incontrolables y por afanes de control a veces poco elegantes. Y es que sólo un ancestral lector de *La Tribuna* podría pensar que «acá no pasa nada...»

La pasión «anti-sistema»

¿Hay una fórmula básica en la ecuación mediática del actual poder político?, ¿o una idea central en su estrategia de comunicación política? Hay rastros, señales, números (a veces algo teatrales), que delatan una intencionalidad y, por tanto, un montaje en escena que está funcionando y que tiene varios actores, un guión y continuos episodios que, frecuentemente, pasan del drama a la comedia e, incluso, a la tragedia, como se vio hacia comienzos de junio.

La tendencia a que el poder político abrigue relaciones, casi incestuosas, con los propietarios de los medios ha continuado y allí están los titulares de varios diarios y, especialmente, los canales de señal abierta para corroborarlo. El poder económico, por esperable añadidura, también participa de este cóctel y allí está lo ocurrido en el diario *Perú.21* en noviembre del 2008, para evidenciar que existe una suerte de trenza entre los distintos dueños de la pelota.

A Augusto Álvarez Rodrich, si se recuerda, lo expectoraron del cargo por tomarse en serio lo del «periodismo independiente», pero además, por algunos motivos que, más de una fuente, precisan con ánimo quirúrgico: mucho caviar, mucha Comisión

de la Verdad, no le toque malos vales al almirante Giampietri, tampoco se meta demasiado con el gobierno. En suma, lleve la fiesta en paz porque —y esto es vital— los «anti-sistema» están a la vuelta de la esquina.

El propio ex director del matutino lo explica de esta manera: «El presidente parece haberles vendido, a los propietarios de los medios, la idea de que estar contra él, es estar contra el sistema». Algo así como el «o estás conmigo o estás contra mí» bíblico, que algunos empresarios mediáticos parecen digerir con fruición y otros con leves retortijones. De allí la evidente y patética sintonía entre el verbo presidencial y los medios más obsesivamente «anti-caviares».

Defender el «sistema», además, no solo consiste en soltarle los perros, sin mayor discriminación y con la misma venalidad, tanto a Antauro Humala como a Ernesto de la Jara. Significa, esencialmente, salvaguardar, casi en tono de cruzada, el modelo económico, algo que resultaría interesante sino se hiciera con aire de catecismo. Para algunas mentes supinas, empero, o para algunos columnistas, cualquier propuesta de mayor inclusión puede ser sospechosa.

A la vez, el presidente necesita mantener sintonía con los ciudadanos, para que su *rating* no baje demasiado¹. Y eso parece acercarlo a una paradoja incómoda: simultáneamente, debe mantener contentos a los de arriba y los de abajo, algo que parece no hacer con la misma eficacia que el cazurro Fujimori. Quizá, por eso, hay ocasiones en que AGP evita hacer declaraciones en la escena mediática, pero nunca, nunca, sale del escenario público².

¹ La última encuesta del Instituto de Opinión Pública de la Pontificia Universidad Católica del Perú, realizada en octubre del 2009, en Lima Metropolitana, le da al presidente una desaprobación del 62%.

² Prácticamente todos los días, AGP inaugura obras o visita lugares y habla públicamente, aun cuando no declare directamente a la prensa.

Y en uno, como en otro escenario, mantiene la idea central: hay unos «malos» peruanos que no quieren el progreso, que están contra mí. Esta cita textual del 21 de octubre del 2007³, referida a las críticas periodísticas al último censo, habla y rabia por sí sola: «Cuál es el fatalismo masoquista que enferma tantas mentes. Pájaros de mal agüero que quieren que los peruanos nos sintamos mal todo el tiempo». Prohibido criticar, so pena de ser considerado un pajarraco.

Quizá el estallido máximo de tendencia a dividir el mundo entre el bien el mal, entre los correctos y los malvados, ocurrió tras el «Baguazo» del 5 de junio del 2009. Al día siguiente, tras la penosa batalla, apareció el descaminado spot del gobierno, que prácticamente pretendía trazar una línea entre la civilización y la barbarie, y que ponía a los indígenas como el *súmmum* de lo salvaje y «anti-sistema». El verbo de muchos ministros entonces se desbordó bárbaramente⁴.

En ese momento álgido, los medios que hacen de corte periodística del régimen apelaron a lo mismo, a veces con fórmulas casi tenebrosas (en *Correo*, Aldo Mariátegui daba todos los días, casi literalmente, la fórmula de la represión). A la vez, se inventó el cuco de la «conspiración internacional», que fue repetido por ministros y escuderos mediáticos. La explicación socorrida consistía en atribuir a Venezuela, o incluso a Chile, la explosión de protestas sociales internas.

Pero la canción siempre era la misma, en los medios «amigos» y en el verbo político oficial: hay unos «malos», de adentro y de afuera, que quieren destruirnos. El problema, para AGP, es que esa estrategia basada en una mera simplificación funciona parcialmente. Hay en vastos sectores de la opinión pública, una

³ Recogida por la Asociación de Comunicadores Sociales «Calandria», en un boletín del 25/10/08, donde analiza la política de comunicación del gobierno.

⁴ Mercedes Cabanillas, entonces ministra del Interior, llegó a preguntarse, con aire colonial: «¿Acaso soy yo la que me pongo plumas?».

desconfianza frente a ese esquema sin matices. Aún cuando, todos los días, él trate de mantener viva la llama del convencimiento, del floro vivaz.

Exabruptos

El programa antes descrito — todos contra el «anti-sistema», no hagan olas —, mirado con ojos complacientes, dibuja una situación normal. Pero ha habido exabruptos que han revelado un ánimo de, sino de acallar, por lo menos opacar a algunos medios y periodistas. No parece gratuito que en la clasificación mundial 2008 de Reporteros Sin Fronteras, que mide el grado de libertad de prensa en un país, el Perú figure en el puesto 108, de una lista de 173.

Solo somos «superados», en términos de andar mal con los periodistas, por Venezuela (113), Bolivia (115) y Colombia (127), países que tienen una tumultuosa situación política interna o una guerra interna activa. ¿Qué pecados han ocurrido en nuestro territorio para que figuremos tan mal en esta suerte de eliminatorias de la libertad de expresión? No todo es atribuible al Ejecutivo, obviamente⁵, pero hay perlas lamentables que no se pueden ocultar.

La más reciente es el ya aludido proyecto de ley que pretendía garantizar el «derecho de rectificación», a quien haya sido afectado por «afirmaciones inexactas o injuriosas en la prensa escrita, audiovisual o electrónica». Fue presentado el 19 de agosto pasado en el Congreso de la República y sus impulsores fueron los congresistas Mercedes Cabanillas y el ya mencionado José Vargas, dos políticos de primera y segunda línea en el partido gobernante.

Como ya se advirtió, la norma apuntaba a apretar a los medios reduciendo el período de rectificación a solo tres días (tiempo muy estrecho, teniendo en cuenta que se debe hacer indagaciones muy

⁵ La libertad de expresión también está amenazada en el Perú por casos como el asesinato, en el 2004 en Pucallpa, del periodista Alberto Rivera, en los que nada tiene que ver el gobierno.

precisas), pero sobre todo, se dirigía a los *bloggers* y las páginas electrónicas, que se han vuelto como una pulga en la oreja del presidente. No es gratuito que el mismo mandatario se haya referido al llamado «periodismo ciudadano» con escasa gentileza.

«Y nosotros que somos tan afectos al chisme, tenemos en el *blog* un instrumento supremo y moderno», dijo AGP el 4 de septiembre del 2008, durante la clausura del Consejo de las Américas. La apostilla, por supuesto, provocó la fruición de los *bloggers* y significó, como consignaba Fernando Obregón Rossi en su *blog Post Post*, el «bautizo político» de su gremio. Un año después, esa confesión presidencial se plasmaría en la ley que pretendía fiscalizarlos.

«Me parece que el gobierno siente que somos menos controlables», dice Marco Sifuentes, el *bloggero* mayor, que tiene unas 10 mil entradas diarias a su página www.eluterodemarita.pe, y que figura como el más poderoso en internet, en la última encuesta de APOYO S.A. Hay, desde el poder, atención hacia esa zona informativa, que, a diferencia de los grandes medios, no tiene empalagosas relaciones con el poder económico ni suplica por publicidad estatal.

Semanas antes de este ensayo de orquesta legal, otro incidente, más grave, pondría en escena afanes no tan sutiles de control por parte del Ejecutivo. El 8 de junio, tres días después de los sangrientos incidentes de Bagua, el ministerio de Transportes y Comunicaciones (MTC), a cargo del economista aprista Enrique Cornejo Ramírez, emitió una sospechosísima resolución que revocaba la licencia de radio *La Voz de Bagua*, aduciendo razones administrativas⁶.

⁶ La razón expuesta por las autoridades fue una falta en la «homologación de los equipos», pero la emisora aduce que estaba en trámite de hacerlo y que no se había ocultado ante las autoridades. El 8 de junio, sin embargo, el MTC le canceló repentinamente la autorización de funcionamiento.

A pesar de la leguleyada burocrática, resulta evidente que la emisora sufre un hostigamiento (hasta el cierre de estas líneas le habían negado todas las solicitudes de reconsideración presentadas), que tiene su origen en la manera cómo informó sobre los sucesos de Bagua, que era muy distante de la línea oficial. La acusación mayor, muy seria, consistía en acusarla de haber «azuzado» a los dirigentes indígenas para que incurran en actos de violencia.

Más precisamente, se le imputa haber informado del ataque en la Curva del Diablo (zona de máximo conflicto en Bagua), versión que habría sido escuchada en la estación de Imacita, donde los nativos Awajún masacraron a 24 policías. La acusación, sin embargo, no sólo hasta ahora no ha sido probada —ni la radio ha vuelto al aire— sino que numerosos testimonios señalan que la espinosa información se habría escuchado más bien en *Radio Programas del Perú* (RPP).

Quizá este es el signo más escandaloso que ha lanzado el segundo gobierno de AGP. No hay pruebas, no hay ánimo de escuchar a los propietarios de *La Voz de Bagua*, ni a los periodistas o asociaciones que protestan por esta arbitrariedad (entre ellos el IPYS, Instituto Prensa y Sociedad). La única explicación posible parece estar en una suerte de intolerancia que se muestra abiertamente desatada cuando se presenta una crisis de proporciones.

No es casual, por eso, que un incidente similar se haya suscitado en septiembre del 2007, días después del terremoto de Pisco, cuando *Radio Orión*, una emisora de dicha ciudad, difundió el rumor de que el sismo había sido de 8.4 grados, y no de 7.9. La versión no tenía sustento (pero permitía a los pobladores ilusionarse con la condonación total de sus deudas) y, poco después, la licencia de la radio fue cancelada de manera sintomática e intempestiva.

En rigor, la emisora sí estaba funcionando ilegalmente, pero hizo falta este episodio para que estallara una cierta rabieta, presidencial o gubernamental, y se abandonara una añosa dejadez

administrativa. Todo lo cual pone de relieve que nada se mueve demasiado si es que un medio no sube los grados de la crítica. Pero si lo hace, repentinamente se producen remezones que desempolvan decisiones burocráticas o producen clamorosas arbitrariedades.

El hecho es que, aunque el segundo gobierno de AGP no se ha caracterizado por abiertas amenazas a la prensa, sí ha habido algunos cortocircuitos, que son como momentos en los cuales el sutil afán de tener el frente mediático controlado, ha quedado desnudo. La clásica reacción frente a estos momentos ha sido afirmar que no pasó nada, que son chismes. Pero sólo alguien muy desavisado, o muy devoto del gobierno, podría sostener que el rey está vestido.

Los despachos presidenciales

La escena es habitual: el auto del mandatario llega raudo a algún lugar, rico o pobre, y se estaciona; inmediatamente, una mano untuosa abre la puerta y el presidente baja, se yergue sobre su humanidad, se abotona el saco desbordante y alza la mirada y el mentón, para observar, desde las alturas de su tamaño y su cargo, el panorama que lo rodea. Si hay periodistas cerca, ocasionalmente se para, vuelve a levantar el rostro, afina la mirada y decide declarar.

Una de las claves de la comunicación personal de AGP es que es él quien va hacia la prensa, no la prensa la que tiene la capacidad de sentarlo en una mesa. En otras palabras, él pone las reglas del juego, algo que en nuestro medio es visto como normal, pero que en «democracias más avanzadas» sería tomado como de mal gusto o por lo menos extraño. En otras palabras: el jefe del Ejecutivo no comparece ante los periodistas, más bien los llama cuando a él le parece.

Una prueba de ello es que casi nunca hay ruedas de prensa en Palacio de Gobierno, como, por ejemplo, durante el segundo

gobierno de Fernando Belaunde, cuando el arquitecto decidió convocar una conferencia dominical con los periodistas. AGP tampoco tiene, como Rafael Correa o Hugo Chávez, un programa propio de radio o TV, donde recibe llamadas (digitadas) del público. No. Lo suyo es la palestra pública, la declaración al paso.

Eso revela una intención, muy personal, de querer comunicarse, no obstante contar con asesores en esta materia⁷. Por eso, está continuamente, y muy de mañana, inaugurando algún complejo deportivo o red de agua potable, a punta de verbo encendido, y con la siempre generosa presencia de *TV Perú*, el «canal de todos los peruanos». Por eso su tic de declarar cuando lo cree necesario —él mismo se lo aconseja al resto de la prensa—, generalmente a la salida de estos eventos. Por eso también su intención de entrar al *ring* de la palabra escrita.

Que un presidente en ejercicio escriba en la prensa no es algo necesariamente extraño. Lo peculiar de AGP es que el tono de su prosa periodística es de confrontación, no de consenso. Eso es, al menos, lo que trasuntan las dos entregas de «El perro del hortelano», donde suelta ácidas críticas contra los que, él supone, son sus adversarios furibundos. El problema es que muestra no poder con su genio y olvidarse que, ante la ley, representa a todos los peruanos.

El propio adjetivo que preside sus filípicas —«perro del hortelano»—, ya resulta canino e insultante, y esta sensación se ahonda cuando se encuentran frases, referidas a su presunto enemigo rabioso, como estas: «tiene una visión parroquial y acomplejada», «bloquea carreteras y puertos para que al final todo estalle», «cree aún que la tierra es cuadrada y que el sol gira alrededor». En suma: quienes se me oponen son una suerte de caníbales políticos, de ignorantes supremos.

⁷ Uno de ellos sería Ricardo Ghibellini, presidente del directorio del IRTP (Instituto Nacional de Radio y Televisión del Perú).

Las dos entregas perrunas llegaron al público vía *El Comercio*, pero el 29 de junio del 2009, en un inusual giro mediático, AGP se mudó con su pluma a *Expreso*, al parecer porque, tras lo ocurrido en Bagua, el decano de la prensa nacional se permitió soltarle algunas críticas leves por su actuación frente los trágicos acontecimientos. Fue entonces que apareció «A la fe de la inmensa mayoría», donde, nuevamente, la emprende contra sus críticos.

Habla de un presunto conflicto continental que nos situaría en el ojo de la tormenta, y que propiciaría injerencias extranjeras, de «viejos dirigentes» sin estudios, de una «Internacional del Socialismo Sudamericano» (curiosa alusión, siendo él, todavía, presidente honorario de la Internacional Socialista). Y la fresa de la torta: llama a la «mayoría silenciosa», que supuestamente está de acuerdo con él, use más los blogs, para contrarrestar la arremetida opositora.

Todo este discurso va en consonancia con el tono de cruzada, de lucha contra un enemigo único descrito al comienzo. Pero contiene también el sello de la comunicación presidencial, que adolece de una notable falta de tolerancia. La periodista Patricia del Río ha llamado a esto la dictadura del monólogo y el «monocriterio»⁸, y quizá tenga razón: el presidente parece sentir cierta fascinación por él mismo y eso chorrea por sus escritos.

Lo preocupante es que, en ocasiones, esto ha llegado a niveles algo delirantes sin que, por lo visto, nadie en su entorno neutralice esa propensión. El ejemplo más sonado ocurrió en mayo del 2008. Tras el reconocible éxito de la Cumbre de América Latina-Unión Europea (ALC-UE) en Lima, salió de Palacio la noticia de que el Perú se propondría como sede de los Juegos Olímpicos 2016. Sin reparar, siquiera, en que nunca es candidato un país sino una ciudad.

⁸ Del Río declara esto en el mismo documento de la ACS «Calandria», antes citado.

¿Nadie le pudo hablar, en ese instante, a la oreja al mandatario? Un silencio ruidoso se escucha cuando uno hace esa pregunta, pero resulta visible que AGP anda siempre observando a los medios y toma decisiones muy personales frente a ellos. Entiéndase por allí, su súbita aparición, en octubre del 2006, para reconocer, ante la penosa mirada de Pilar Nores, que tuvo un hijo extramatrimonial, llamado Federico Dantón, «con una mujer de altas cualidades».

O la propuesta de aplicar la pena de muerte para los violadores o terroristas, con la que entretuvo a la opinión pública varias semanas, en los inicios de su segundo período. En este punto surge la sospecha de las «cortinas de humo», un clásico de todos los gobiernos, que no tendría porque estar ausente en estos tiempos. De hecho, la olímpica propuesta surgió cuando el dirigente aprista Luis Alva Castro pasaba por su peor etapa como ministro del Interior.

Pero a AGP, a pesar de su verbo prodigioso, no le han salido todas. Sus desbordes han sido varios. Como aquella vez que dijo que un presidente «no puede hacer presidente al que él quisiera, pero sí puede evitar que sea presidente quien él no quiere» (23/03/09). O como cuando, tras el terremoto de Pisco, unos rescatistas españoles reclamaron seguridad y les espetó, «quien tenga miedo que se vaya». Los pecados de la lengua rondan al mandatario.

Pantallas públicas y privadas

El 2 de junio de este año, en la misma semana en que estallaban los sucesos en Bagua, la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria (SUNAT), intervenía *Panamericana Televisión*, el viejo canal ajetreado por el *broadcaster* Genaro Delgado Parker. La operación fue repentina y se formó una junta para que administrara la estación, algo que despertó numerosas suspicacias sobre la intención del gobierno de asegurarse la simpatía de ese medio.

A la fecha, Canal 5 sigue con una administración provisional y se muestra cauteloso. Ha perdido el aire lustroso con el gobierno, propio de los tiempos de Delgado Parker, pero tampoco se compra grandes pleitos. Es un tono parecido al de Canal 4 (*América Televisión*), que, sin embargo, tiene en el programa *Cuarto Poder* un espacio que suele tornarse incómodo. Lo mismo podría decirse de *Canal N*, que, junto con el 4, pertenece a la empresa *Plural S.A.*

La única piedra televisiva en el enorme zapato de AGP era, hasta mediados de septiembre, el programa *Hildebrandt a las 10*, que el experimentado periodista conducía en *RBC*, el canal de Ricardo Belmont Casinelli. Según el mismo Hildebrandt reveló en su columna del diario *La Primera*, el hoy parlamentario le mandó un correo electrónico, el 16 de ese mes, pidiéndole que se coordinaran los contenidos de la emisión diaria. Lo que vino a continuación fue su inmediata renuncia.

Al salir este programa del aire, se acabó todo rincón de crítica directa y constante en la televisión peruana. Podría decirse que se volvió a la normalidad, para usar la socorrida frase de Martín Adán. Claro, si uno mira el pasado, tiende a consolarse, sobre todo si se evoca los tiempos montesinistas, cuando la programación de los canales se decidía en medio de fajos de billetes y conversaciones melosas. No estamos en esa aciaga época, ciertamente.

Sin embargo, las pantallas siguen siendo complacientes, especialmente con la figura presidencial. En la medida que el mandatario «representa a todos los peruanos», eso parecería razonable, pero algunas esquinas televisivas van más allá y parecen solazarse con la lógica de aplastar a todos los «anti-sistema». Una prueba de ello es Canal 2, en donde además, no por casualidad, han aterrizado notorios personajes del tiempo vergonzante, como Nicolás Lúcar.

Un desafío para la responsabilidad informativa de la TV fue, por ejemplo, el juicio a Alberto Fujimori. La única estación que, sistemáticamente, se comprometió a seguir todo el proceso fue

Canal N, fiel acaso a su tradición de lucha en los días más oscuros del fuji-montesinismo. El resto de estaciones tomaron con pinzas el asunto, salvo en los momentos del fallo final. El caso más sorprendente fue el de *TV Perú*, que casi ignoraba el trascendental proceso.

Se hicieron reclamos por esa ausencia, que no fueron totalmente atendidos, con el argumento de que ya otros canales lo hacían. La respuesta, viniendo de parte del canal del Estado, era insostenible: se supone que dicha estación responde a los intereses de todos los ciudadanos y algo tan importante como un juicio a un ex presidente merecía un lugar. Nadie pedía que se le quitaran horas a *Nicolasa*, el personaje más querido de *TV Perú*. Sólo se pedía un poco de equidad.

A estas alturas, casi finales del segundo gobierno de AGP, parece claro que, por enésima vez, no se logra hacer la distinción vital entre un medio de comunicación público y uno del gobierno. No puede decirse que *TV Perú* es una repetidora del local aprista de la avenida Alfonso Ugarte. Aún así, una mirada a su programación, y a sus noticieros, pone en claro que el único personaje que supera en presencia a *Nicolasa*, en sus ondas, es el Presidente de la República.

Las cifras de Calandria cantan claro. Una medición hecha por esta asociación entre el 16 y el 29 de junio del 2008, confirman que, en *TV Perú*, «las actividades gubernamentales, cuestiones legislativas y otros temas políticos» ocuparon el 39% de las emisiones informativas y las «medidas económicas» el 14%, mientras que los «conflictos o movimientos sociales» el 15.5%. Peor aún: el rubro «corrupción» solo ocupó el 1.45% de la programación noticiosa.

¿Extraño, muy extraño? Tal vez no tanto. Como previendo la tempestad que se avecinaba en la selva, y la forma en que fue ignorada por los medios, las noticias sobre la Amazonía apenas ocuparon el 0.9% de los espacios informativos. Y si se retrocede al 2007, cuando se hace otra medición entre el 2 y el 9 de julio, se

observa que el «actor principal», largamente, de los noticieros del «canal de todos los peruanos», es el Poder Ejecutivo, con 59.7%.

¿Tiene *TV Perú* que transmitir la celebración por el «Día de la Fraternidad»? Y si lo hace, argumentando que es un evento político importante, ¿por qué no transmitió el juicio a Fujimori? ¿y por qué transmite todas las inauguraciones diarias del presidente? Si a eso se añaden las versiones recurrentes de que José Chirito, el secretario de prensa de Palacio llama continuamente al canal para inquietar a sus periodistas, hay hartas razones para desconfiar.

La mala costumbre de usurpar, de manera partidaria un bien público como el canal del Estado persiste, se agranda, adquiere nuevas modalidades. No aprendemos y no parece razonable asumirlo con estoicismo o como un hecho consumado por una razón: el mantenimiento de esos medios sigue saliendo del erario público, de nuestros bolsillos, nos guste o no Nicolasa. Los impuestos que pagamos van a costear esa pantalla que debería ser más amplia.

TV Perú sigue teniendo buenos programas, como «Sucedió en el Perú» o «Grandes Biografías». Solo que, al pisar su *set* — y este autor puede dar fe de ello, al haber sido entrevistado allí algunas veces — no deja de sentirse la impronta de un gran partido, de una conducción demasiado amiga del gobierno, de una labor informativa que no se distancia del poder político y no asume, como debiera ser en una estación pública, mayor neutralidad. Para que el canal sea de la gente.

Difícil pedirlo, teniendo en cuenta que esta estación tiene gran alcance nacional y, por lo tanto, debe formar parte importante del imaginario mediático-televisivo del régimen. La caja boba, recordémoslo, suele ser la perita en dulce de cualquier presidente, sobre todo si tiene aires mesiánicos. AGP no iba a ser la excepción y lo está demostrando sin remilgos. No hay estrategia de comunicación alguna, desde el poder político, sin este medio.

Si en el resto del frente televisivo hubiera más zonas neutrales, las pantallas serían más democráticas. Pero en la actualidad

hay una mayoritaria sintonía entre varios canales y programas privados y el canal del Estado. En el caso de los privados, incluso, eso sería comprensible, porque son libres de tomar la ruta que deseen. En el caso de *TV Perú*, en cambio, resulta alucinante e injusto. No ha habido «cambio responsable» alguno allí. Sólo más del mismo libreto.

Colofón: se viene el 2011...

Javier Otazu, director de la agencia española *EFE* en Lima y presidente de la Asociación de Prensa Extranjera del Perú (APEP), me dice que después de todo, acá se puede trabajar con mucho más libertad que en otros países. Y que lo único extraño que le ha ocurrido es que el presidente le canceló una entrevista dos horas antes. Me recuerda, además, que venimos de los oscurísimos tiempos de Montesinos, algo que no debe olvidarse al hablar del presente.

Convengo con él: ha pasado el tiempo del oprobio, donde, salvo heroicas excepciones, en numerosos medios salía pus cuando se ponía el dedo. De todas formas, no es tiempo de respirar completamente tranquilos ni de tener grandes esperanzas. Como se aproximan las elecciones del 2011, no solo nada de esto cambiará, sino que probablemente vivamos en los próximos meses, una orgía de desvaríos, manipulaciones, sumisiones y cargamontones.

En suma, más pasiones descontroladas y más amores incestuosos en la escena mediática, donde debería reinar una saludable abstinencia.